

RAFAEL ROJAS LOA

In Memoriam

HAY PERSONAS que por su pausado andar, su conducta mesurada, su pulcritud, su cumplimiento del deber sin ruido, su actividad constante sin carreras, su caballerosidad intachable, su competencia profesional y sus ambiciones de superación calladas pero efectivas, pasan por la vida como sombras silenciosas, en medio de la baraunda social, de las vaciedades estentóreas y del modo de ser extrovertido y retumbante de los demás. Estas sombras pensantes, activas, puntuales, cumplidas, no llaman la atención de sus semejantes ni por la superabundancia de sus palabras ni por el tono elevado de su voz, ni por su actividad llamativa ni por la exhibición de su talento o de sus conocimientos, ni por su afán de lograr un elogio o un aplauso. Tratan de mejorarse, de ser útiles a los demás, de cumplir con su deber ante ellos mismos y a la vez menospreciar la opinión que de ellos se pueda tener. Su modo de ser es algo así como la elegancia o el aseco que sólo son notables cuando están ausentes. Sus procesos emotivos y afectivos son desconocidos para sus prójimos y buscan, como dice Unamuno, la soledad para entablar el diálogo consigo mismos y evitar el monólogo entreverado con los demás, pues los

hombres sólo se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros a través de la soledad, que no es misantropía, pues en ésta se busca la sociedad para nutrir el desdén y el odio hacia los demás. Carecen del deseo de conmover a las personas ya que éstas pierden su personalidad al hacerse muchedumbre, saben que los grandes consoladores de la Humanidad, los que han prodigado el bálsamo de la dulzura sobre ella inagotablemente, han sido los grandes solitarios. Espíritus impenetrables como el diámante que no pueden comunicarse sino por el roce de su exterior, nunca fundiéndose, penetrándose. Actúan como si estuvieran solos en el mundo, sin llamar la atención pero con el amor y la dedicación recónditos como si supieran el valor de su vida ante los demás y el valor de la razón y de la conducta, recatando sus sentimientos con modestia tal que es la única cualidad aparente ante los demás.

Recuerdo al Dr. Rojas Loa desde que yo era estudiante: delgado, de estatura mediana, vestido con pulcritud extrema pero sin que su atuendo llamara la atención, con su bigote espeso, recortado a la inglesa, caminando sin prisa y sin titubeos, pleno de caballerosidad y de buenos modales, de pocas

palabras, de conocimientos que no nos dejaron duda en su cátedra, puntual y de un modo de ser que entre la muchachada no se le faltaba al respeto ni se le ponían motes.

Sus publicaciones y sus conferencias mostraban sus conocimientos y preocupaciones y trataba siempre de dejar una inquietud en quienes lo escuchaban o en quienes lo leían. Se dedicó preferentemente a la pediatría y dentro de esta rama médica puso especial atención a la ortopedia, siendo guiado dentro de esta actividad por el primero que en nuestra patria vislumbró su importancia: Don Germán Díaz Lombardo.

Si se comparan, como es natural, los conocimientos y las técnicas de principios de siglo con las actuales y los elementos diagnósticos y terapéuticos con los de ahora, podrá aquilatarse el adelanto monstruoso de la ortopedia de entonces, evidentemente conservadora, con la actual que no sólo ha pasado de los métodos incruentos a los quirúrgicos, sino que llegó a la fase preventiva y ahora a la de rehabilitación. El hecho de que las circunstancias derivadas del tiempo hayan cambiado, no sólo hacen parecer atrasados a quienes la practicaban sino como visionarios que dentro de sus limitaciones luchaban por lograr su progreso.

Los elementos técnicos, las guerras con su cortejo infinito de inválidos, los conocimientos científicos que el tiempo ha hecho que nuestra profesión haya avanzado en unos cuantos lustros más que en toda la historia de la Humanidad, la organización de los Centros de Salud, la pérdida o disminución del

pudor de los padres para llevar a sus pequeños a los nosocomios y dispensarios para ser tratados de deformaciones que antes se veían como efecto del pecado de los padres o como castigo divino, consiguió el adelanto estupendo de la ortopedia, comparable a la de la cirugía nerviosa o vascular, que hacen milagros en nuestra época. Y trabajar sin descanso, luchar por restaurar la forma y la función nutrido por tan poca ciencia como entonces había, y sin medios ni organización revelaba a los verdaderos clínicos, a los verdaderos médicos, a los verdaderos humanistas que seguían en su labor a pesar de los limitados éxitos profesionales comparados con los que la ortopedia ahora logra. Trataban de sacar fruto de su experiencia basada principalmente en sus fracasos, e ir corrigiendo el rumbo de su nave. Era necesario poseer gran amor a sus semejantes y a la medicina y una fuerza de voluntad y una perseverancia excepcionales.

Si trajéramos ahora a este recinto a los grandes maestros y precursores de la medicina, no digamos de México sino del mundo entero, que brillaron extraordinariamente hasta el siglo pasado o a principios del actual, resulta que serían unos ignorantes que sólo tendrían ante nosotros el deseo insuperable de servir, sus grandes dotes clínicas y su gran corazón para hacerlo.

Y a Rojas Loa le tocó vivir esa época de transición que como todas las transiciones, son estupendas para leerlas en la historia, pero constituyen o un infierno o un paraíso el vivirlas. Requieren un paso rápido para no quedarse atrás, casi una carrera, una adap-

tación de nuestra mente y un estudio amplio y profundo para no quedar soterrados y seguir conservando el lugar que con esfuerzo se logró. Y esa labor callada, intensa, plena de ansiedad para adaptarse, es más dura cuando la madurez ha tomado el lugar de la juventud. Las estadísticas, la investigación científica, los elementos y métodos de nuestros nosocomios y la organización y desarrollo de los institutos de seguridad social, si no conservamos el paso, pronto nos harán ver como ignorantes o inexpertos.

Rafael Rojas Loa nació el 11 de noviembre de 1879 en Toluca y cursó sus estudios preparatorios en el famoso Instituto Científico y Literario de esa ciudad y los profesionales en la Escuela Nacional de Medicina. Se graduó el 12 de agosto de 1904 en México cuando ese plantel dependía de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Fue jefe de clínica de Pediatría, prosector de Anatomía Descriptiva y más tarde profesor de la misma asignatura, llegando a ser secretario de la Escuela Nacional de Medicina. Fue un decidido colaborador en la Beneficencia Pública y actuó como médico externo del Hospital General y por algún tiempo laboró en el Departamento de Psicopedagogía en la Secretaría de Educación Pública. Carrera llena de trabajo arduo, humilde, efectivo, exento del oropel con que la vanidad adorna a muchos.

Ingresó a nuestra Corporación el 12 de agosto de 1912 presentando su trabajo de ingreso sobre el "Estudio objetivo de la carótida externa" y sus inquietudes se manifestaron principal-

mente sobre afecciones que constituían problemas de trascendencia como el de la tuberculosis osteo-articular. En 1920 dictó a esta Corporación su trabajo sobre la técnica de Albee, recién descrita, y poco más tarde sobre el pie varus equino congénito, otro en términos generales sobre la "Importancia de la pediatría" y algunas monografías como "La cirugía de urgencia en la infancia", sobre "La luxación congénita de la cadera", sobre "La tuberculosis osteo-articular en los niños desnutrídos" y sobre temas que entonces eran una verdadera novedad diagnóstica y terapéutica. Y no se conformó con sus escritos y conferencias en centros médicos, sino que contribuyó a la divulgación de la medicina como lo hizo en lo relativo a la importancia de la pasteurización de la leche, a la mortalidad infantil en México, a la condenación del masaje en la tuberculosis osteoarticular, y en 1940 "El problema de la asistencia social a los inválidos", mostrando una mente alerta en la necesidad de la rehabilitación de ellos.

Y todo esto, calladamente, únicamente por medio de su labor médica a la que se entregó por entero, sin ostentación estudiando y afanándose por superarse a tal grado, que presentó examen en 1917 como médico, y se graduó en la Universidad de Austin, Texas.

En 1946 solicitó de esta Academia el pasar a la categoría de Socio Titular, lo que se acordó favorablemente. Puede dar una idea, aunque somera, de su modo de pensar, un párrafo de su solicitud que no me resisto a transcribir, el cual dice:

“Hay una ley ineludible para todos los seres, que marca el descenso de sus actividades en determinado período de la vida; entonces es cuando el individuo debe retirarse del lugar que ocupaba ya que presiente el ocaso, o de lo contrario, la derrota es inexorable. Por otra parte, aferrarse a determinada situación y no tener la hidalguía de cederla a elementos que por su edad (entre otros factores) están llenos de entusiasmo y optimismo, es necio y egoísta. Las ideas que he expresado me han hecho resolverme a dejar mi sitio que durante tantos años he ocupado en la Academia Nacional de Medicina”

Murió tal como había vivido: sin ruido, el 3 de octubre de este año, y deja con sus luchas, sus ambiciones y sus grandes cualidades de caballero y de médico, una huella ejemplar e imborrable, digna de ser imitada y de servir como estímulo a los jóvenes de talento.

La Academia Nacional de Medicina deplora su muerte y se siente orgullosa de que el Sr. Dr. Rafael Rojas Loa haya pertenecido a ella, pues fue un pionero de la pediatría, de la ortopedia y de la medicina social.

¡Descanse en paz!

DR. JUAN FARILL.